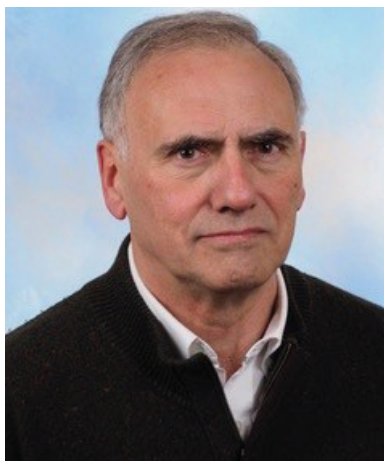


Carta del editor

Juan Á. Casares

La temporada alta de congresos va de principios de junio a finales de octubre. Aprovechando la disminución estacional de la actividad docente, químicos de toda clase nos lanzamos al encuentro de nuestros colegas para vernos las caras y hablar de química y de todo lo que no es química. La razón de ser de las sociedades científicas es facilitar la comunicación entre sus miembros, y esto se hace mediante la edición de revistas y la organización de congresos. En alguna ocasión he escuchado que pertenecer a la RSEQ sirve para pagar menos por la inscripción a los congresos, y eso suele ser cierto, pero hay más: en realidad para lo que sirve la RSEQ es para que esos congresos existan. La organización de los congresos corre a cargo de los grupos especializados y en última instancia de miembros de la RSEQ que desinteresadamente dedican su tiempo a ello. Las personas que asisten son miembros de la RSEQ, y asisten porque lo son, porque se ha creado entre ellas un cierto sentido de pertenencia a una comunidad y se han establecido lazos de amistad y colaboración. Sin la RSEQ esos congresos simplemente no tendrían lugar.

Las reuniones bienales son los congresos más importantes de los que organiza la RSEQ. En las últimas ediciones han sufrido una transformación intensa y se han convertido en un evento multitudinario. El esquema de organización a través de simposios lo ha convertido en un congreso muy participativo en su organización, ha modernizado las temáticas que se abordan y facilita el encuentro y la discusión entre especialistas de distintas áreas. También facilita el invitar a los mejores científicos internacionales a participar en los diferentes simposios. En este número hablamos con el presidente del comité organizador de la próxima Bienal y en gran medida el responsable de esa transformación, Jesús Jiménez Barbero, que



Juan Á. Casares.

nos avanza cómo será la XL Bienal de la RSEQ que se celebrará en Bilbao.

La historia de la RSEQ y su importancia como sociedad científica se podrían trazar a través de los libros de resúmenes de las bienales y de las reuniones de los grupos especializados. Pero la Historia, para serlo, ha de estar documentada. Lamentablemente, antes de que se extendiera el uso de los documentos en formato digital, muchos libros de resúmenes eran impresos de forma doméstica por los organizadores de los congresos, o en el mejor de los casos en pequeñas imprentas locales sin que les fuera asignado ISBN ni ningún código de registro. Algunos de esos documentos

se han perdido, otros yacen desclasificados en estanterías de facultades y laboratorios. La situación actual no es mucho mejor, la digitalización no garantiza por sí misma la conservación de los documentos, por el contrario, facilita su transformación y degradación, y su almacenamiento es confuso e incierto. Tenemos por delante la tarea de recuperar nuestra memoria colectiva y de establecer los mecanismos para convertir en memoria nuestras acciones actuales, para conseguir que los congresos duren más que un verano.

Además de la entrevista, en este número tenemos un interesante ensayo de Miquel Solà acerca de la gestión de los grupos de investigación. En la sección de "Investigación Química" presentamos una introducción al mundo de las membranas fotosintéticas y la aplicación de vesículas sintéticas a la fotosíntesis artificial. En "Enseñanza de la Química" G. Pinto y Victoria Alcázar comparten su experiencia en la implementación de una asignatura de divulgación científica para alumnos de Máster, y en el artículo "¡Ponte Bata!" se describe el uso de los canales de video para divulgar experimentación química. El número se completa con una biografía de Edmundo Lozano, un personaje importante y poco conocido, las noticias y la siempre deliciosa sección de Santiago Álvarez.